

Algunas reflexiones sobre los *humanistas digitales* en España

Sagrario López Poza (*Presidenta de Honor de HDH*)

Universidade da Coruña

23/10/2018

<http://humanidadesdigitaleshispanicas.es/contribuciones/algunas-reflexiones-sobre-los-humanistas-digitales-en-espana/>

La aplicación de las tecnologías informáticas a métodos de trabajo de las disciplinas humanísticas en España se inició hace treinta años, aunque solo fue significativa a partir de mediados de la década de los 90 del siglo XX, y alcanzó carta de naturaleza a comienzos del siglo XXI con la generalización del uso de Internet. Ese rango temporal ha arrojado cambios significativos en metodología, hábitos intelectuales, costumbres y prácticas en el ámbito académico en las disciplinas que se incluyen bajo el marbete *Humanidades digitales*. Aunque son muy desiguales los resultados según las disciplinas concretas, el sistema de investigación se ha modificado de forma significativa en lo que considerábamos Humanidades y se ha ido produciendo un nuevo perfil de humanista. El campo de estudio, antaño limitado a las disciplinas humanísticas tradicionales, se ha visto ampliado a otras perspectivas de análisis y estudio, incluyendo la literatura electrónica y el interés por aspectos que en el pasado fueron marginales como las implicaciones teóricas del medio digital o las representaciones multimedia que superan el modelo de proyecto centrado en el texto¹.



Fig. 1

Durante siglos, la simple lectura bastaba –junto con un buen conocimiento del latín, la capacidad de juicio y conocimientos retóricos– para que alguien pudiera ser considerado humanista. Parecía que eran insuperables los criterios de Erasmo o Luis Vives (quien hacia 1531 se dirigía en *De disciplinis* –fig. 1– a quienes desearan dedicarse a las letras humanas), y el sistema, con algunos cambios, se mantenía en 1600 cuando Baltasar de Céspedes exponía en su *Discurso de las letras humanas*, llamado “*El Humanista*” que debía saber hacer un humanista profesional y recomendaba los libros con que debía formarse (López Poza: 1997). Los conflictos religiosos en Europa impulsaron un nuevo tipo de humanista, y en el mundo católico los jesuitas se hicieron con la hegemonía educativa expuesta en su *Ratio studiorum*, donde se detalla qué debía aprender un humanista, qué libros había de leer, qué ejercicios tenía que realizar, qué método de estudio debía seguir, qué debía saber

hacer. Ya no bastaba con educar a jóvenes para ser capaces de confrontar la fe con sus fuentes –especialidad del filólogo–; era preciso dotar de armas de elocuencia para defender el catolicismo frente a los herejes protestantes a un número elevadísimo de alumnos de

¹ Sobre la tecnología digital como objeto de estudio, ver la panorámica de Svensson (2010). La segunda parte del *A Companion to Digital Literary Studies* (2008) ya incluía varios capítulos sobre literatura *born digital*. Y en *A New Companion to Digital Humanities* (2016) hay buenas aportaciones que discriminan en las diferencias entre la infraestructura, la creación, el análisis y la difusión.

clases medias-altas que se formaban para dedicarse a la política, la administración, el ejército o la iglesia. Ese paradigma, a pesar de que ha durado mucho tiempo, con modificaciones lógicas, se ha visto sacudido por la pérdida de interés paulatina en el conocimiento del latín, por la especialización y por los avances tecnológicos.

En otros momentos de la historia se acometieron cambios importantes por individuos o colectividades con visión global y capacidad de influencia (buen ejemplo de ello fue, a comienzos del siglo XVI, el impresor Aldo Manucio, con su academia y sus libros impresos)², pero el humanista moderno ha estado perdido durante mucho tiempo, dando palos de ciego sin encontrar más guías que las diversas tendencias académicas, que variaban según los países y las universidades. La irrupción de las nuevas tecnologías hubiera requerido una más rápida toma de conciencia por entidades con capacidad de influencia académica o política –algo que se ha dado en algunos países, pero de manera poco sistemática o regular– para dotar a los nuevos humanistas no solo de nuevas herramientas sino de una nueva forma de enfoque de la investigación y de los métodos de trabajo, sin que ello implicara necesariamente abandonar los tradicionales. Por el contrario, han sido los propios implicados en la investigación (y más tarde en la creación y la difusión) los que han tenido que ir buscando una formación que las instituciones no les proporcionaban, para poder realizar trabajos que sabían que no iban a ser valorados como debían porque quienes se ocupaban de evaluarlos carecían de la formación específica precisa (agencias de evaluación nacionales o autonómicas).

Se ha tardado mucho en comprender la necesidad de proveer de formación específica en nuevas tecnología a los nuevos humanistas y eso ha prolongado en muchos un estado de ensimismamiento en investigaciones muy alejadas de los intereses de la sociedad que les rodeaba, que además no se difundían de manera eficaz. Aunque a partir de los años 90 del siglo XX se concedieron subvenciones nacionales, autonómicas y europeas para proyectos de investigación, las universidades seguían sin asumir la necesidad de formar en aspectos tecnológicos indispensables para dotar a sus miembros del conocimiento y medios precisos. Como consecuencia de ello, con frecuencia las relaciones que establecían humanistas y tecnólogos eran frágiles, ocasionales e inestables. La mayor parte de los investigadores que dirigían proyectos de Humanidades no se percataban de la necesidad de tener formación en tecnologías digitales, en conocimiento de lo que el software ofrecía, en adiestrarse en forma de pensar o abordar un diseño conceptual o trazar una metodología que implicara los conocimientos técnicos que darían respuestas mucho mejores a las preguntas que sus investigaciones planteaban.

Hay factores que han sido determinantes para que en España no haya habido una política nacional sobre las tecnologías digitales que llegara a los humanistas. Aunque existieron planes como los llamados *Avanza* (más centrados en la información y la comunicación y menos en lo relacionado con los aspectos que interesan a las Humanidades) hasta 2013 no se produjo la aprobación de la *Agenda Digital para España*, cuyas alentadoras actuaciones se vieron pronto truncadas³. Como en otros ámbitos, la dispersión autonómica dificulta un proyecto nacional con líneas claras, lo que se

² Manucio fundó en mayo de 1502 la "Nueva Academia de los Filo Helénicos" o *Academia Aldina* que reunía a los filólogos y humanistas más destacados de Venecia. En ella se discutía sobre las obras que debían darse a la estampa, se distribuía la supervisión de ediciones, traducciones, revisiones... La academia cesó con la muerte de Aldo, en 1515. Había imprimido cerca de 130 ediciones en griego, latín y vulgar.

³ Por primera vez, en el título de un ministerio, se hacía mención del asunto, lo que evidenciaba que al fin eran conscientes los políticos de su importancia: el *Ministerio de Energía, Turismo y Agenda Digital*, que fue uno de los trece departamentos ministeriales en que se dividía el Gobierno de España en la primera mitad de la XII legislatura (4 de noviembre de 2016), pero duró solo un año y medio, pues se disolvió el 7 de junio de 2018. En el gobierno que siguió, de Pedro Sánchez, se han diluido esas competencias.

manifiesta en un avance muy dispar en este asunto según la región en que nos encontremos.

De cualquier modo, tras años de titubeo se comenzó a notar un vigoroso interés por las HD en ámbitos universitarios, y a pesar de que las subvenciones de proyectos descendieron notablemente a raíz de la crisis financiera de 2008, las iniciativas inconexas fueron dando ocasión a eventos colectivos frecuentes (reuniones, seminarios, talleres y conferencias) cuya densidad creció hacia 2011, lo que propició la creación en 2012 de la HDH (*Humanidades Digitales Hispánicas. Sociedad Internacional*) con la pretensión de favorecer el intercambio de experiencias científicas, explorar posibilidades de colaboración, fomentar el estudio y la formación en el campo de las Humanidades Digitales, organizar un congreso cada dos años, y difundir los trabajos de sus miembros. Se han celebrado hasta el momento tres congresos (La Coruña –2013–, Madrid –2015– y Málaga –2017–) que han servido para dar a conocer un panorama rico en variedad y poner de manifiesto que el campo de lo que se consideraba Humanidades se ha ampliado, y que las HD no se limitan al ámbito académico. Para una perspectiva histórica más detallada, remito a Rojas (2013), Spence–González-Blanco (2014) Canet (2014) y López Poza (2015).

El momento actual (octubre de 2018) permite considerar que las HD en España han avanzado mucho y que, a pesar de las dificultades iniciales, hay grupos e individuos muy activos que intentan superar las trabas y espolear a autoridades académicas y políticas en exceso parsimoniosas.

Muchos de los implicados en proyectos que pueden englobarse en las HD se han preguntado si debería considerarse un área autónoma, y esa pregunta está por resolver. Pero lo que está claro es que el medio en que se obtendrán frutos óptimos es aquel en que estén reunidas personas que, procediendo de distintos tipos de conocimientos y metodologías de trabajo, puedan contribuir mutuamente a ampliar sus enfoques y enriquecer (con comentarios, opiniones o aportaciones) las posibles soluciones a los problemas planteados. Los espacios idóneos son los laboratorios (antaño poco frecuentados por humanistas) que cada vez se van haciendo más presentes y dando sus frutos (Ricaurte: 2018). La formulación administrativa puede ser diversa (institutos, laboratorios, MediaLab) entidades satélites con cierta autonomía que faciliten un dinamismo difícil de conseguir en la estructura universitaria tradicional. Estos centros pueden ocuparse también de una enseñanza específica de lo que cada uno precisa de manera más eficaz que una enseñanza reglada (grado o posgrado) que se ha manifestado poco atractiva, ya que a pesar de que ha existido alguna oferta –sobre todo en posgrados– no ha producido hasta ahora el éxito esperado. Asimismo, pueden ofrecer servicios de apoyo y orientación a grupos o investigadores que lo precisen.

En lo relativo a las fuentes primarias, los humanistas que trabajamos con obras o autores del pasado, hemos visto cambios prodigiosos al tener acceso directo desde casa a ejemplares de obras que de ninguna manera hubiéramos podido contemplar en tan poco tiempo o contrastar ediciones muy alejadas físicamente en dos pantallas de ordenador, o resolver una duda en una de las muchas bases de datos que se nos ofrecen con solo escribir una dirección en nuestros ordenadores personales. Problemas como los de las ediciones contrahechas o fraudulentas, casi imposibles de resolver en el pasado, hoy son más abarcables gracias a la digitalización masiva de libros.

En relación a la difusión, es notable el avance logrado por las revistas digitales académicas, que han acortado muchísimo el tiempo de acceso a resultados de investigación⁴. Muchas de ellas siguen el sistema *Open Journal Systems* (OJS),

⁴ Remito para más detalles, dada la limitada extensión de que dispongo, a Canet (2012), Mateos-Pablos (2014) y Tötösy de Zepetnek-Jia (2014).

publicado en 2001 y compatible con el protocolo OAI-PMH, con un software de código abierto para la administración creado por el *Public Knowledge Project*, liberado bajo licencia GNU General Public License. En 2000 OJS era utilizado por unas 1.427 revistas en el mundo y en 2015 la cifra se elevaba a 9.909, decayendo un poco en los dos años siguientes⁵. Y esa métrica la han hecho contando solo revistas OJS que tuvieran al menos 10 artículos publicados en un solo año. Hay aproximadamente 3,24 millones de artículos que se han publicado en todas las revistas de OJS conocidas, de las cuales 2,8 millones provienen de revistas que cumplen con el criterio de filtrado de tener 10 artículos publicados por año. El incremento cada vez mayor indica una expansión continua del entorno de publicación alternativo, basado en código abierto y acceso abierto. Los autores van dándose cuenta de que –a pesar de la presión de las evaluaciones basadas en criterios cada vez más obsoletos e interesados– es más importante difundir pronto sus publicaciones que verlas amojamarse esperando turnos larguísimos en revistas tradicionales de Humanidades, con prestigio, pero con pobre difusión.

Esto se suma a los repositorios para que cada investigador coloque en ellos su producción científica (los propios de cada universidad, pero también otros personales, como *Academia.edu*, *ReserarchGate*, etc.) que funcionan como redes sociales y ofrecen acceso gratuito, con las aplicaciones Web 2.0 que permiten, por ejemplo, una búsqueda semántica de artículos de revistas científicas. Estas facilidades de acceso inmediato a la producción científica de colegas del área que interese han cambiado la vida de muchos investigadores y ha debilitado notablemente el negocio de empresas que se dedicaban a digitalizar revistas y ofrecer contenidos (a cambio de sustanciosas cuotas) que las universidades se veían obligadas a pagar. Los blogs y las redes sociales más frecuentadas son también una vía importante de obtención de información y de estar informados de acontecimientos de interés.

Todos estos procesos comprometidos con la resistencia a políticas neoliberales y con códigos de buenas prácticas son testimonios de que las tecnologías digitales han cambiado la relación entre el humanista y la sociedad, y veremos pronto más cambios, muchos vinculados al uso generalizado del teléfono móvil.

Juan Luis Suárez (2010) dibujaba un programa básico de desarrollo de las Humanidades Digitales. Algunas de las líneas maestras que sugería para conseguir “la creación de un ecosistema digital para la cultura en español que sirva de anclaje al humanismo del siglo XXI” parecen haberse seguido, pero quedan aspectos a los que el humanista tradicional se resiste. Parece que asumimos tareas de alfabetización digital, pero hay resistencia al desarrollo de herramientas, a la creación de productos (*start-ups*) que puedan comercializarse. Existe un desdén por involucrarse en cuestiones crematísticas semejante al que antaño repudiaba las artes mecánicas frente a las liberales, olvidando que los humanistas han velado tradicionalmente por la conservación y difusión de la cultura para beneficio de la sociedad, que debe valorar y apreciar su formación, bagaje y pensamiento crítico. Cada juego o videojuego, cada aplicación de móvil, cada programa que se comercializa parte de valores culturales, históricos, identitarios, lingüísticos, de una memoria colectiva que tradicionalmente ha pertenecido al ámbito de trabajo de los humanistas; sin embargo, permitimos que sean programadores –a menudo con limitadísimos conocimientos humanísticos– matemáticos, ingenieros, diseñadores gráficos quienes se ocupen del contenido de productos que dan pingües beneficios y, lamentablemente, transmiten errores,

⁵ Información procedente del Public Knowledge Project <<https://pkp.sfu.ca/2015/10/01/how-many-journals-use-ojs/>> [02/10/2018]

incongruencias históricas, conceptos equivocados, deslices lingüísticos, descuidos y omisiones (en el mejor de los casos, pues a veces sirven a torcidas intenciones de mera propaganda).

Sigue siendo necesario un planteamiento académico sobre la investigación que abarque no solo la utilización de herramientas o recursos digitales, sino infraestructuras, creación, análisis y difusión para el avance del campo, lo cual conlleva una reflexión permanente sobre su propia epistemología en un momento de tan rápidas y significativas transformaciones culturales.

Y desde luego, se echa de menos una postura política más clara, a nivel nacional, sobre la promoción del uso de estándares que garanticen la preservación de los contenidos y propicien el intercambio de datos, la difusión del acceso abierto, que permita la reutilización del patrimonio digitalizado con fondos públicos, y el fomento de una estrategia de documentación que facilite el examen crítico de los proyectos por parte de todos.

Sigue pendiente acometer seriamente la formación en distintos niveles, sin olvidar la instrucción permanente asequible que permita a personas que no van a hacer de ello su profesión puedan convertirse en colaboradores ocasionales de proyectos mediante el sistema de *crowdsourcing* o tercerización masiva. Involucrar a voluntarios en la creación y mantenimiento de ediciones digitales, transcripción de documentos, alimentación de bases de datos es una tarea que puede contribuir a la difusión y conservación del patrimonio cultural a la vez que satisface a un número creciente de personas que tienen la capacidad y el tiempo, pero no la suficiente formación para hacerlo.

Seamos optimistas, pero no nos durmamos en los laureles si queremos obtener mejores resultados.

Bibliografía citada

- A companion to digital literary studies*, Ray Siemens y Susan Schreibman (eds.), Oxford, Blackwell y Alliance of Digital Humanities Organizations, 2008.
- A New Companion to Digital Humanities*, Susan Schreibman, Ray Siemens & John Unsworth (eds), Chichester, West Sussex, Wiley Blackwell, 2016.
- Canet, José Luis, “La evolución de las revistas digitales”, en: Seminario „Humanidades Digitales: Edición y Difusión“, Universidade da Coruña, 2–3 July 2012, <<http://www.bidiso.es/sielae/upload/estaticas/file/CANET2%281%29.pdf>> (16.07.2014).
- Canet, José Luis, “Reflexiones sobre las humanidades digitales”, en *Humanidades Digitales: desafíos, logros y perspectivas de futuro*, Sagrario López Poza y Nieves Pena Sueiro (editoras), Janus [en línea], Anexo 1 (2014), 11-20, publicado el 11/04/2014, <<http://www.janusdigital.es/anexos/contribucion.htm?id=4>>.
- Céspedes, Baltasar de, *Discurso de las letras humanas, llamado "El Humanista", que según Nicolás Antonio escribía en el año de 1600 D. Baltasar de Céspedes, Yerno del Brocense, y su inmediato sucesor en la Cátedra de Prima de Retórica de la Universidad de Salamanca, y que sale a luz la primera vez*. Por Don Santos Díez González, En Madrid, Por Antonio Fernández, Año de 1784.
- López Poza, Sagrario, "Quevedo, Humanista cristiano", en *Quevedo a nueva luz: escritura y política*, Lia Schwartz y Antonio Carreira (coords.), Málaga, Universidad de Málaga, 1997, págs. 59-81. <<http://hdl.handle.net/2183/11788>>
- López Poza, Sagrario, “Humanidades digitales y Literatura hispánicas: presente y futuro”, *Ínsula*, 822 (junio 2015), pp. 3-5.

- Mateos, Concha y José Manuel de Pablos (2014). "Las revistas digitales, ante la perspectiva de GSM, *Google Scholar Metrics*", Pamplona, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra, 2014, <<http://hdl.handle.net/10171/35713>>. [26-05-2014].
- Ricaurte Quijano, Paola, "Laboratorios ciudadanos y humanidades digitales", *DHQ*, vol. 12, nº 1 (2018) <<http://www.digitalhumanities.org/dhq/vol/12/1/000352/000352.html>>
- Rojas Castro, Antonio, "El mapa y el territorio. Una aproximación histórico-bibliográfica a la emergencia de las Humanidades Digitales en España", *Caracteres: estudios culturales y críticos de la esfera digital*, Vol. 2, Nº. 2, 2013, pp. 10-53 <<http://revistacaracteres.net/revista/vol2n2noviembre2013/el-mapa-y-el-territorio/>>
- Spence, Paul & Elena González-Blanco, "A historical perspective on the Digital Humanities in Spain", *H-Soz-Kult*, 07.11.2014, <www.hsozkult.de/debate/id/diskussionen-2449>.
- Tötösy de Zepetnek, Steven y Joshua Jia (2014). "Electronic Journals, Prestige, and the Economics of Academic Journal Publishing", *CLCWeb: Comparative Literature and Culture* Volume 16 (2014) Issue 1 <<http://docs.lib.purdue.edu/clcweb/vol16/iss1/12/>> [02-05-2014].
- Suárez, Juan Luis, "¿Humanidades digitales en español?", *Ínsula*, Nº 762 (2010), pp. 33-36.
- Svensson, Patrik, "The Landscape of Digital Humanities", *DHQ*, vol. 4, nº 1 (2010). <<http://digitalhumanities.org/dhq/vol/4/1/000080/000080.html>>
- Vives, Juan Luis, *De disciplinis libri XX*, Antverpiae, 1531.